



Referentes...

Habitar el borde, Amadeo Modigliani

Por Drúa Espinosa

La noche transcurre al vaivén del humo de un cigarro tras otro; en medio del silencio, la pregunta por la propia existencia se hace cada vez más insoportable ¿Hacia dónde nos lleva nuestra libertad? Un frenesí de vivir en plenitud salta a la vista conformándose, a su vez, en el camino por donde se extingue la vida. Para 1884 tiene cabida en la ciudad de Livorno, Italia la historia del Amadeo Modigliani, un pintor y escultor movido por sus múltiples deseos que conformaron un camino que lo llevaron a estar siempre al borde de sí mismo, propiciado como un autosabotaje. Su vida y su obra se expresan como una travesía por la cuerda floja por la que todo artista transita en el descubrir de nuevas preguntas que lo hacen crear siempre desde sus fronteras.

Su obra se instala a finales del siglo XIX y principios del XX cuando las vanguardias comienzan a hacer de las suyas en el mundo del arte. Su estilo, movido en parte, por las máscaras africanas que se dieron a conocer en la Europa de esa época; conformando las bases del fauvismo. De este modo, es posible apreciar figuras estilizadas, cuellos largos, cabezas ovaladas y narices perfiladas dentro de sus esculturas y pinturas de retratos y desnudos; la mayoría con mirada vacía en la que se puede apreciar lo incua que se torna la vida cuando aquello que nos mueve, se hace más grande que nuestras propias fuerzas. Vivir en el borde, en el propio límite se convierte, entonces, en la única salida para lograr encontrar un poco de belleza que sea el aliciente para el espíritu.

Y ese aliciente es el que se percibe en obras como *Desnudo reclinado* (1917), en donde los trazos y líneas dan paso a hermosas formas de una joven reclinada en su desnudez; o en *Antonia* (1915) un retrato como muchos otros en los que la mirada de la modelo se va hacia lo profundo de sí, hacia el interior, en el que se descubre el vacío y el borde de nuestra propia existencia. Y para el caso de Modigliani su borde estuvo marcado por los excesos, la constante huida de las carencias económicas, el acceso al cuerpo de mujeres que llegaban a él o que él buscaba y el amor de Jeane Hébuterne, de quien queda varios retratos. Entre ellos *Retrato de Hébuterne* de 1917 en el cual la mirada se torna firme y fuerte, como queriendo mostrar el lugar en el que todo el desborde del artista encuentra su paz y su sosiego.

Qué es el borde sino el límite que permite que la vida fluya de manera inhóspita. Habitar los propios límites se convierte en el camino de libertad que nos hace tomar diversas decisiones que direccionan a sendas a veces peligrosas. En algunos casos una vida triste llena de insatisfacciones y negaciones, en otras, una vida en la que se descubre el frenesí, lo salvaje de los deseos; en ambos la nauseabunda sensación de estar habitando la extrañeza de la cuerda que separa un borde de otro.



Desnudo reclinado. (1917). Óleo sobre tela. 60,6 x 92,7 cm. Museo Metropolitano de Arte, Nueva York.



Antonia. (1915). Óleo sobre tela. 82 x 46 cm. Museo de la Orangerie, París.



Retrato de Hébuterne. 1917. Óleo sobre lienzo. 55 x 38 cm.